

Prólogo del libro “Último tren a Cuba”, de Luis Arias

por Manuel Fernández de la Cera

24 de Diciembre de 1917. Desaparece Alejandro.

1917 es una fecha clave en la biografía del protagonista de nuestra historia, ya que desaparece el día de nochebuena; en un momento decisivo a nivel mundial, ya que, por entonces, comienza el jazz, alcanzan el poder los bolcheviques, se inician los comienzos del fascismo y, en Asturias, tiene lugar la gran huelga que pone la región de rodillas ante los sindicatos y, especialmente, ante el SOMA de los mineros.

El lector de esta novela de Luis Arias realiza con el autor un trabajo de investigación que culmina con el final del libro. La forma de esta narración simula la recogida de datos y puntos de vista diversos para una futura novela; cuando finalizamos de visitar, con el autor, a las distintas personas que nos pueden facilitar noticias sobre Alejandro, y tenemos el material listo para la elaboración de la novela, ya está hecha. El mismo autor plantea, al final de la obra, otras alternativas posibles (pág. 180): “La historia presente, de haber contado con mayor carga de ficción, habría resultado más redonda y bonita. Imaginemos que el tío Manuel no se había muerto...”. Para mi gusto, ha quedado mejor así, contada con gran sobriedad expresiva y con cierto distanciamiento, si exceptuamos las últimas páginas, donde sube la temperatura sensual y afectiva de la narración.

El procedimiento o forma de contar la historia, con asistencia del lector en los sucesivos descubrimientos sobre la vida de Alejandro, no sólo potencia el interés de la novela sino que hace mucho más viva la ficción. Pero, claro, a la vez que asistimos, con el narrador al descubrimiento de las huellas dejadas por la vida de Alejandro, vemos el entorno de nuestro protagonista, que es la vida de los últimos hidalgos rurales de esta parte del bajo Narcea y bajo Nalón. En esta sociedad tradicional, “el abuelo deja todo por la familia y el patrimonio de Llano”, cuando estaba en buena situación social y de poder político ya que era diputado provincial. Se antepone a todo la casa y el patrimonio de fincas. Es una familia, donde inicialmente viven los abuelos, los padres y los nietos con una rigurosa aplicación del régimen del mayorazgo, donde a las mujeres se les dice con toda

claridad que deben abandonar la casa familiar de la aldea, si es posible, por medio de un matrimonio ventajoso, al menos, entre iguales.

La elección de pareja para el matrimonio no es una decisión personal sino de la familia: “estará encantada de hacer lo que mis padres decidan; dice Josefa Cañedo, cuando le eligen novio. Un rasgo importante de esta vida campesina tradicional es que contaban historias imaginarias continuamente, especialmente de apariciones y miedos. Puede decirse que, hasta que llegaron la TV y el seiscientos, las historias del otro mundo eran más próximos que las de otros pueblos vecinos.

Pero se trata de una familia distinguida, que habla predominantemente castellano y no juega a los bolos. A comienzos del siglo XX, en las aldeas occidentales, sólo hablaban castellano las familias de clase social elevada. No quiere esto decir que él bable occidental sea ajeno totalmente: “El jardín era uno de los nuestros enclaves favoritos” o “había unos nenos que jugaban por allí”.

Los mundos que enmarcan la vida de Alejandro son: la aldea, básicamente LLANO, con las visitas a Carrizo; las villas, la Nalona y San Salvador, Oviedo y Gijón, Madrid –es decir, las madrileñas- y América, es decir, la hija de un indiano y Cuba, como horizonte posible de alcanzar. Es normal, en una joven de aquella época, que en verano se echara una novia madrileña y que bailara con la hija de un indiano o americano. Pero el episodio más traumático en la vida de Alejandro –si exceptuamos el momento de su desaparición o de la muerte del abuelo- es el paso desde la aldea de Llano al internado del Colegio de Frailes: el paso de estar libre, es el campo, todo el día, a permanecer prisionero o interno, conviviendo con unos compañeros, que procedían de lugares desconocidos, en su mayoría, y en un régimen de gran disciplina. El autor se detiene en la descripción de esta parte de la biografía de Alejandro, tal vez, por considerarla decisiva.

Viene después su estancia en Nalona, donde contempla el tren y hace amistad con algunos ferroviarios. (A mí me recuerda este pasaje, cuando me incorporé a la mili en Pravia y cogí el tren. (Por cierto, el comandante nos echó una arenga en la que nos dijo que el también había empezado de soldado raso como nosotros).

En la heroica capital de provincia (son continuas las resonancias clásicas de la narración, como corresponde a un profesor de literatura), Alejandro inicia –sin ninguna vocación- los estudios de derecho. A mí, como tampoco me gusta esta carrera –excepto el derecho romano, más o menos como a Alejandro- no me extraña que, en vez de aplicarse en el estudio, fuera asumiendo el papel de estudiante “bala”, tan frecuente en

aquella época y aun en ésta. (Yo llegué a tener tres compañeros que ni siquiera se matriculaban, aunque respetaban escrupulosamente las fechas de comienzo y final de vacaciones).

Y llegamos al momento de la desaparición de Alejandro, llevando a sus últimas consecuencias su incompatibilidad con el autoritarismo paterno. Tuvo lugar el día de nochebuena de 1917.

(Como los lectores acompañamos al autor en la investigación, nos tomamos la libertad de opinar sobre el destino de los personajes). A mí lo que más me alarma de este suceso traumático es la fecha que eligió el protagonista para desaparecer: nada menos que el día de nochebuena, porque es sabido que son los días oficialmente felices los que eligen, con más frecuencia, quienes deciden emigrar “más allá de todo horizonte” – con la bellísima expresión de Ortega.

Por otra parte no era infrecuente, en aquella época, que algunos emigrantes no dieran señales de vida. Aunque el caso de Alejandro tendría de extraño que se trataba de una persona culta, a la que hubiera resultado muy fácil escribir a su madre o a sus hermanas. Yo conocí un caso similar, cuyo contacto con la familia se dio con los nietos del protagonista. En una amarradiella de romería entre mozos de dos pueblos –según la bárbara costumbre de entonces- hubo un palo de mala suerte y murió un mozo. El autor del palo emigró a Cuba, huyendo de la Justicia; nunca más escribió a la familia e, incluso, se marchó de Cuba a Méjico. Hace unos pocos años, un nieto suyo vino aquí como director general de Bellas Artes de Méjico enterándose entonces del desgraciado episodio de su abuelo. Antón García, en un cuento, recoge la historia de una moza de Tuña que, tras haber tenido aquí un mal paso -para la consideración de la época- emigró a Buenos Aires, donde andando el tiempo consiguió alcanzar una gran posición social. Cuando uno de los sobrinos nietos fue a visitarla para resolver el problema de la legítima familiar, aquella negó su identidad anterior ya que temía que se pusiera en peligro su elevado status en Argentina.

Yo creo que esta es la novela del bajo Narcea o del bajo Nalón. Y siento que el autor haya dejado morir a “Juanín” en Cuba, soltero, tras haber sido empleado de comercio, sin haber hecho fortuna. Puesto que yo esperaba, cuando finalizaba la lectura de esta historia una segunda parte para conocer la vida de Juanín y, tal vez, la de Alejandro en La Habana.

